

alianza habían declarado en actas su salida del imperio alemán «para siempre» el 1.º de agosto en Ratisbona, deponiendo cinco días más tarde el emperador Francisco la corona del «sacro imperio romano de nación alemana» y cesando con esto su existencia el pobre imperio, hasta de nombre, muy característicamente había sido marcado el principio de ese período ignominioso por el maestro de las batallas y tirano del mundo, mediante aquel infame asesinato jurídico perpetrado por su mandato expreso en el librero nurembergés Juan Felipe Palm. El hundimiento del imperio alemán no había provocado más que un eco tímido, un suspiro, más bien que grito de dolor, el librito *Alemania en su más profunda humillación*. Como no se descubriera el autor, Palm, como impresor y expendedor, fué preso, sometido á la farsa brutal de un consejo de guerra francés y fusilado en Braunau el 26 de agosto de 1806, mártir modesto pero firme de la causa de su patria. Es preciso saber como los franceses se han comportado en Alemania en la «época francesa,» es preciso acordarse que Napoleón impuso en Tilsit á la pobre Prusia hollada, pillada, despojada de la mitad de su territorio, la contribución de guerra realmente exorbitante en aquellas circunstancias de 1,020.299,494 francos, para comprender la hirviente ira que llenaba las almas de los patriotas alemanes y su horror á todo lo francés y á todos los que «crapuleaban en el fondo del charco infernal del afrancesamiento, ó currutaqueaban en la neblina del cosmopolitismo.» Estas palabras son del «Maestro de gimnasia» Federico Luis Jahn, quien pertenecía á la sazón al número de los mejores despertadores y empujadores. Apoyándose en Schiller, Fichte, el barón Enrique Federico Carlos del Stein, realizáronse los ánimos y aprendieron á reemplazar la desesperación por las obras. Stein del que fué cantado y dicho:

«Esta es la piedra alemana
Exenta de engaño y falsedad
Quien contra la piedra tropieza
No puede ser alemán.»

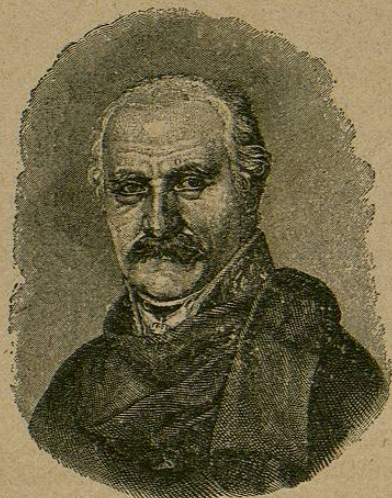
Era en verdad el primer político alemán que su patria había visto de mucho tiempo. «Barón» y todo, no dejó de comprender que una época nueva necesita de medios nuevos y en este sentido ha pensado y obrado durante el corto tiempo que la tiranía napoleónica le permitió ser ministro reformista de Prusia. Aristócrata como era no tenía reparo en aprovechar las grandes ideas de 1789. Estas, purificadas del falseamiento terrorístico y bonapartista fueron aplicadas por Stein y sus coadjutores á las condiciones existentes, de tal modo, que al contrario de la centralización y omnipotencia del Estado francesas, el gran principio de la libertad y autonomía de los municipios había de ser la base práctica de un Estado de ciudadanos libres. De semejante espíritu partió toda la legislación de la reforma stein-hardenbergeriana que sacó á Prusia de la petrificación federico-burocrática para despertarla á una vida nueva. Los hechos principales de esta reforma social de política que, como se sabe, iba acompañada de una regeneración correspondiente del ejército por los Scharnhorst, Gneisenau, Grolmann y Boyen, eran el célebre edicto sobre *La aliviada po-*

sesión y el libre uso de la propiedad territorial del 9 de octubre de 1807, y el *Arreglo municipal* del 19 de noviembre de 1808. Pero Stein no era solamente un ministro prusiano, sino también un político nacional que con sus pensamientos abarcó siempre más allá de Prusia ó por medio de Prusia influyó en Alemania para «plantar en la nación un espíritu moral, religioso y patriótico, para inspirarle otra vez ánimo, confianza en sí misma y voluntad de sacrificarse por la independencia, autonomía y honra nacional, para emprender con la nación así renovada, regenerada y bien educada la lucha por los bienes supremos.» Estrechamente enlazado con el nombre de Stein es el de su compañero en el destierro ruso, el nombre de Ernesto Mauricio Arndt, quien con su «Espíritu del tiempo» (1807) inauguró un periodismo nacional en grande escala que luego fué continuado por Jahn («Nacionalidad alemana» 1810) y elevado por Görres («El Mercurio del Rhin» 1813), á una osadía y fuerza de elocuencia política como no la había percibido aun Alemania ni Europa entera. Pues, como declaró asombrado Gentz que ciertamente no carecía de criterio, nadie aun había escrito de una manera «más sublime, más terrible y más diabólica» que aquel renano convertido del jacobinismo francés al patriotismo alemán. Ni quedaron vanos los esfuerzos de los patriotas oradores, escritores y obradores. En todas partes juntábanse hombres y mujeres de sentimientos alemanes para deliberar y ejecutar, ménos en la conocida «Alianza de la virtud» de buenas intenciones, pero escasos efectos, que en la de que hablaba Gneisenau cuando escribió: «Mi alianza es solamente la conformidad con hombres que no quieren estar sujetos al extranjero;» ó en la en que pensaba Jean Paul cuando instigó al pueblo alemán «á celebrar un día de penitencia en el aniversario de la batalla de Jena y á inflamar el ánimo en el dolor para que toda la nación se levante en el luto curándose las heridas y preparándose para nueva lucha.»

El año de 1809 con su gloriosa batalla de Aspern, con las atrevidas si bien desgraciadas expediciones del «batidor» Schill y del duque Guillermo de Brunswick con el heroico «Drama de campesinos» tirolés trajo crepúsculos de porvenir para Alemania, pero nada más, porque el día de la emancipación del «infame yugo de gabachos» tardaba aun años en venir. Pero al ménos para consuelo de la atormentada humanidad, la lucha por la independencia de los tirolese al mando de su Andresico Hofer, esa figura única en la historia universal de un labrador héroe y héroe labrador, demostraba lo que puede un pueblo pequeño si animado por la idea de la patria está dispuesto á arriesgarlo todo. Y este drama campesino tirolés forma un episodio singular de la historia alemana aun por la circunstancia que á lo heroico y trágico se añaden muchos rasgos de una cómica primitivamente ingénuo y de un humor bonachón grato.

Lo que el romanticismo patriótico había sembrado en forma de sentimientos y pensamientos, brotó en forma de obras en el año del gran levantamiento de 1813. Entonces y hasta 1815, Prusia ha ganado honradamente (sólo la sinrazón, la ignorancia ó la malevolencia pueden negarlo) el derecho á la futura hegemonía de Alemania. Pues, para su emancipación de la tiranía napo-

leónica no solamente ha hecho infinitamente más que todos los otros estados alemanes, sino que también, adelantándose de mucho en energía, trabajo y sacrificios á Austria, Rusia é Inglaterra, ha hecho lo mejor y lo más grande para derribar el napoleonismo dando en la persona de Gebhart Lebrecht Blücher, el general «Adelante,» enérgico é intrépido, sin el cual no hubiera habido Leipzig ni Waterloo. Muchos fueron los poetas heraldos de la guerra de la independencia, echando con gran efecto en el bullicio guerrero, Ernesto Mauricio Arndt, sus canciones patrióticas fogosas, y Maximiliano de Schenkendorf, sus cantares llenos de sentimiento. Pero sobre todo en una figura poética, en Teodoro Körner, hijo del amigo más íntimo de Schiller, fijáronse



BLUCHER.

todos los ojos, especialmente los de la juventud y los de las mujeres, que en aquel entonces en toda Alemania y sobretodo en Berlin, con socorros y sacrificios manifestaron los sentimientos que les habían inspirado sus favoritos Schiller y Jean Paul. Y por cierto era Körner la realización del ideal de una juventud alemana que se había inspirado en el «Tell.» «Poeta al mismo tiempo que héroe» practicaba su lírica inflamadora de guerra de emancipación y dió el 26 de agosto de 1813 en el campo de batalla de Gadebusch la sangre de su corazón por lo que había procurado y conseguido entusiasmar á sus camaradas y á su nación. Jamás la encina de Wobbelin á cuyo pié fué enterrado el juvenil héroe poeta al son de su magnífica canción de *La casa atrevida veloz de Lützow*, cesará de ser un santuario alemán.

En los sentimientos, angustias y esperanzas de los tiempos de la guerra de la independencia, radicaban también los principios de dos poetas que más tarde divergieron enormemente, los comienzos de Federico Rückert de Schweinfurt (1788-1866) y de Luis Uhland de Tübingen (1787-1862). Los «Sonetos acorazados» y muchas de las «Poesías del tiempo» de Rückert son parte de lo mejor que la llamada lírica «política» de entonces y de más tarde ha producido; pero la importancia del poeta no descansa en esto, sino en su



RUCKERT.

universalidad lírica considerada subjetiva y objetivamente, pues si Rückert en virtud de su receptividad literaria universal fué capaz de familiarizarlos con la poesía del Oriente mediante su interpretación genial é incomparable, nos ha revelado así mismo el rico mundo de sentimientos de un poeta alemán que convertía en poesía todo cuanto le afectaba alegre ó tristemente, todo cuanto la vida enseña, promete y cumple, lo que otorga y lo que quita. Nunca ha sido de opinión que para ser lírica una canción debe carecer de pensamiento. La poesía de Rückert no es un cencerro vacío, sino un toque de campanas lleno de sonoro metal de pensamientos. Es el Bramán alemán, no solamente por su excelente poema didáctico *La sabiduría del Bramán*, sino porque sabía rodear las inspiraciones de la sabiduría germánica con el esplendor de imágenes de una fantasía tan inagotable y multiforme como sólo se encontraba en la antigua India. Rückert podría llamarse el último clásico alemán sino pretendiese y mereciese semejante honor Francisco Grillparzer, de Viena (1791-1871). Este poeta ha expiado brillantemente su pecado juvenil-romántico *La abuela* con la producción de sus *Sappho*, *Medea*, *Hero* y *Esther*, cuatro obras que en el tesoro de la literatura nacional alemana han de colo-

carse inmediatamente por debajo de las obras dramáticas maestras de Lessing, Göthe y Schiller. Sin duda es este poeta el más importante que la Austria alemana ha producido desde Gualtero de la Vogelweide, y merecía que los vieneses le sepultasen con una pompa verdaderamente regia. Tampoco debe dejarse de mencionar en este sitio al clásico de la poesía alemana dialectal, Juan Pedro Hebel (1760-1826), quien en sus *Poesías atemánicas* rebosantes de naturalidad, cordialidad y jovialidad, según el bello elogio de Göthe, «enrusticaba el mundo graciosísimamente». Finalmente mencionemos aun que al lado de Rückert las tradiciones del clasicismo en el espíritu y en la forma



GÖTHE.



GRILLPARZER.

han sido conservadas y cultivadas hasta mediados del siglo XIX. Así hicieron el poeta didáctico Leopoldo Schefer, quien en el quieto y verde Parque de Muskan compuso, mejor dicho oró su dulce *Breviario lego* que avergüenza á todos los breviarios sacerdotales judíos, cristianos y mahometanos; y el poeta lírico Eduardo Morike, quien encontró de nuevo la entonación götheana y supo añadirle la picardía más graciosa. En cambio José de Eichendorff fué el que acertó mejor la entonación romántica y por esto este rezagado del romanticismo ejecutó como lírico lo que sus predecesores habían intentado tan sólo. Con cierta incertidumbre oscilaba entre el espíritu del clasicismo y las formas del romanticismo Alberto de Chamisso, maestro del cuento versificado y ejemplar como no ha habido otro de francés alemanizado. Uhland por su parte ha sacado la suma del romanticismo como poeta, y como erudito supo convertir en trabajos excelentes las incitaciones para la exploración y depuración de la antigüedad patria, siendo uno de los primeros «germanistas». Él ha logrado hacer valer y producir efectos literarios nacionales á la parte verdaderamente poética de las tendencias y aspiraciones románti-



BATALLA DE WATERLOO.

cas. El se acercó á los motivos de la Edad media con el espíritu sereno y claro de artista inteligente que no quiere sacar más de su original que lo que puede dar de sí. No se dejó dominar por la edad media sinó que la dominó artísticamente, ocupando con respecto á los problemas de la época romántica la misma posición que Góthe había ocupado con respecto á los de la época de la genialidad forzada. Por esto pudo él con libertad de ánimo dedicar á las aspiraciones del tiempo moderno encaminadas á la realización de la idea del estado de derecho, aquel gran interés que le colocaba en el número de los patriotas más probados, habiendo sido siempre alemán sin ser jamás alemanista. Como después de los amargos desengaños que siguieron á las guerras de la independencia hizo llamar impávidamente á las puertas de los castillos de los



UHLAND.

principes en forma nobilísima de canciones la petición de cumplimiento de las más solemnes promesas, así mismo en el año del gran temporal de 1848-49 que separó tanta paja de tan poco grano, ha quedado fiel á la bandera nacional hasta el último momento. La nación se ha mostrado agradecida y merece el elogio de llevar en su corazón las baladas y los romances del maestro en este género y de no dejar de los labios sus canciones, al paso que ha entregado al sueño del olvido en las librerías después de satisfacer su primera curiosidad, la inmensa mayoría de las producciones del romanticismo. Es verdad que tal excomunión toca también á algunas poesías que incontestablemente serían dignas de mejor suerte. El romántico tardío, Carlos Immermann, por ejemplo, debería vivir en la memoria de los alemanes, no sólo por su realmente magnífico regidor Westfaliano, y la rubia Isabel (en el «Munchhausen»), sinó también por su grandiosa trilogía trágica *A Lewis* y su poema encantador de *Tris-*

tán é Isolde. Por lo demás las huellas del romanticismo alcanzan también muy adelante en la segunda mitad del siglo XIX, pues tópanse con ellas en la trágica fuertemente mezclada con byronismo, con aspiraciones atrevidas á los objetos más elevados y rozándolos á veces, de Cristiano Grabbe y Federico Hebbel, así como en la lírica melodiosa de Manuel Geibel.

Tal como el clasicismo había incitado á investigar y aclarar en todos los sentidos el modo de vivir y de pensar de los antiguos, así mismo el romanticismo promovió el esclarecimiento de la vida y arte antigua nacional. No



WEBER.

siendo otra cosa las tendencias y aspiraciones románticas que la tentativa de resucitar la Edad media en la poesía y el arte, en la Iglesia y el Estado, debía naturalmente dirigir el trabajo erudito hácia los tiempos prístinos. Empezose pues á explorar de nuevo las fuentes de la existencia de la vida de la Edad media, y ¿dónde brotaban estas más abundantemente que en las producciones de la literatura alemana antigua? Desenterráronlas de bajo el polvo de los siglos. Pero esas obras de los abuelos presentaban á la generación póstuma un aspecto tan extraño, que para comprenderlas y apreciarlas era necesario el sólido fundamento de la investigación erudita. Aquí intervino de una manera verdaderamente grandiosa y ejemplar, la exploración lingüística, religiosa, jurídica, legendaria y poética de Jaime Grimm, de Hanau (1785-1863), quien ayudado lealmente por su hermano Guillermo y otros hombres de las mismas tendencias, como Uhland, dió á luz una serie de trabajos fundamentales y edificadores: *Gramática alemana* (1818), *Antigüedades jurídicas alemanas* (1828), *Mitología alemana* (1843), *Historia de la lengua alemana* (1849), *Diccionario alemán* (1852). Estos son edificios jigantescos ciclópicamente

amontonados, testimonios imperecederos de lo que puede la investigación alemana animada del patriotismo más entrañable, pero dejando ver también el gran defecto de los doctos alemanes, la falta de sentimientos estéticos. Mediante su actividad de coleccionistas de cuentos y consejas (consejas infantiles y demésticas, 1812, Cuentos mitológicos alemanes, 1816) los hermanos Grimm han resucitado las tradiciones del pasado en toda familia alemana hasta en el mundo infantil, fomentando de esta manera y no poco, el planteamiento y cultivo de opiniones y sentimientos nacionales. Entre sus sucesores, Carlos Simrock, hombre de talento poético, ha sido el que más trabajó para difundir los conocimientos de la arqueología patria.



CORNELIUS.

La resurrección del espíritu y estilo nacionales en las artes plásticas como la pedía el romanticismo no se ha verificado sin graves enturbiamientos, porque el romántico «anhelo por la patria», es decir por la edad media católica, se hizo moda entre los artistas alemanes, produciendo aquella escuela embargada en las preocupaciones de la edad media eclesiástica que suele llamarse «Nazarena» y como cuyo gran-maestre hay que considerar al converso Federico Overbeck, nacido en Lubec en 1789. Según la opinión de los nazarenos, en la pintura no había de irse más allá del espíritu, de las formas, de los colores de los siglos XIV y XV; y para la arquitectura y escultura no había salvación fuera de la gótica más rigurosa. No deja de haber tenido una cosa buena esta restricción, á saber, más respeto por las obras del arte alemán antiguo, pues cesó el desprecio, maltrato y desfiguración de las producciones artísticas de la Edad media, las cuales empezaron á mirarse con piedad, partiendo de esto el impulso de las restauraciones y terminaciones grandiosas como presentan

las catedrales de Speyer, Ulm y Colonia. De espíritu más liberal que los nazarenos, Pedro Cornelius, nacido en Dusseldorf en 1783, supo refundir las impresiones é influencias del romanticismo para conciliarlas con el clasicismo. Desde sus primeros trabajos, desde los dibujos nacionales alemanes en el mejor sentido de la palabra para los *Nibelungos* y el *Faust*, hasta los esposos para el cielo, de pinturas al fresco para el cementerio de Berlín, Cornelius ha sido un hombre de aspiraciones que trataba y sabía combinar con rara grandeza de estilo el idealismo germánico cristiano del concepto con la belleza de las formas helénicas, si bien el secreto del colorido le quedaba vedado, y una de sus obras más célebres, el *Juicio final*, de la iglesia de San Luis de Munich, ha provocado objeciones muy fundadas, no solamente por su colorido, pues es muy dudoso si el gran pensamiento del juicio del universo ha encontrado aquí una representación artística digna de la cultura del siglo XIX. Una célebre palabra de Schiller («La historia del mundo es el juicio del mundo») resuelve esta duda y en sentido negativo. Su expresión artística más pura, rica y satisfactoria, la encontró el romanticismo alemán en la música, á saber, en la música de Carlos María de Weber, de Eutin (1786-1826), cuyas composiciones rebosantes y borbotantes de melodía, especialmente el *Freischütz*, *Preciosa* y *Oberón* han llegado á ser preciosa propiedad común del pueblo alemán.

Para finalizar el capítulo, mencionemos aun á dos mujeres que por los lazos de la amistad y del parentesco han tenido múltiples relaciones con los clásicos y los románticos, y ejerciendo en la conversación y por medio de sus escritos una influencia considerable en la sociedad y en la literatura se han conquistado la posición de caracteres públicos: Raquel Levin (1771-1833), y Betina Brentano (1785-1859), casada la primera con Varnhagen de Ense, y la segunda, hermana de Clemente Brentano con Alchim de Arnim. Raquel ha sido llamada la «profetiza del clasicismo» y Betina la «sibila del romanticismo». Raquel no se ha exhibido como escritora, sinó que como artista de conversación que era en grado supremo, se ha contentado con enseñar á los alemanes cómo debe tenerse lo que los franceses llaman un salón literario, y con influir excitando y determinando por medio de su correspondencia en sus amigos de ambos sexos. Betina, como fabulista incansable y no muy formal con respecto á la verdad, ha confabulado la «Correspondencia de Göthe con una niña» y varios otros carteos de esta clase. A Raquel, por sus opiniones y juicios que, por regla general, dan testimonio de afición á lo verdadero, acertado y bueno, la han llamado «coro personal en el gran drama de su tiempo». Betina era una figura fantástica medio-ariel y medio-puck. Mas á la larga, la fantasmagoría se presentaba desagradable y repugnante, especialmente porque la «niña» vieja hacía las mismas muecas y cabriolas que la joven. Los alemanes son demasiado pesados para entusiasmarse con facilidad para el «culto del genio»; pero cuando una vez se han dejado imponer el entusiasmo lo exageran á veces precisamente cuando es muy supérfluo. Así también se ha practicado durante una temporada con exageración el culto de Raquel y Betina. Esto ha pasado; ahora se concede á las dos mujeres cierta importancia en la historia de la civilización, pero ya no se deja de

comprender que muchísimos de sus oraculismos iban á parar en sensualidad reservada y que en ambas el exceso de genio llegaba á veces hasta la locura, hasta la alucinación de grandeza, como cuando Betina exclamó: «¡A menudo pensaba yo que debía marchar al frente de los pueblos con la bandera desplegada!». O cuando Raquel escribió: «Tengo la poderosa fuerza de duplicarme sin confundirme. Así soy única como fenómeno más grande de esta tierra. El artista, el filósofo ó el poeta más grande no está por encima de mí. Somos del mismo elemento, del mismo rango y hacemos juego». Mucho más atractiva y grata que la aparición de estas dos «emancipadas» era ciertamente la virginal y modesta de la «última romántica» que al mismo tiempo ha sido la poetiza más grande que Alemania ha tenido hasta ahora, la aparición de Anita de Droste-Hülshof, de Westfalia (1797-1848). El romanticismo no pudo encontrar un final literario más digno que las poesías de Anita (1844), porque en ellas todo lo que era sano, bueno y grande en la escuela romántica, ha encontrado exresión poética, pura, verdadera y en un lenguaje enérgico y vigoroso.



LA FIESTA DE LAS CAMARADERÍAS EN LA WARTBURG.

V.

Idealismo y materialismo.

Un poeta del tiempo de la guerra de la independencia, al final de la gran lucha ha expresado sus temores patrióticos en las siguientes tres estrofas:

«A qué alto cuerpo de héroe,
De jiganta llena de vigor,
Podrías tú, de débil mujer,
Crecer, Alemania, grande y fuerte.

Con tal que sobre el edificio de los miembros
Una cabeza guerrera,
Quisiera brotar otra vez
Como la que te robaron dormida.

Con tal que los miembros, los pequeños,
En vez de formar juntos un cuerpo
No quisiesen parecer cuerpos ellos mismos
O no fuesen hostiles al total.»

Y estos temores de que continuaría en Alemania el poli y micropolitismo se han realizado de la manera más triste. Las esperanzas que los alemanes habían puesto en su redención del napoleonismo fueron engañadas lastimosamente.